

HOMILÍA CATEQUÉTICA PARA LA APERTURA DE LA SANTA Y GRAN
CUARESMA (2025)

✠ B A R T O L O M É
POR LA MISERICORDIA DE DIOS
ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA – NUEVA ROMA
Y PATRIARCA ECUMÉNICO
A LA PLENITUD DE LA IGLESIA
QUE LA GRACIA Y LA PAZ
DE NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO,
JUNTO CON NUESTRA ORACIÓN, BENDICIÓN Y PERDÓN, ESTÉN CON
TODOS

Venerables hermanos Jerarcas y benditos hijos en el Señor,

Una vez más, por la voluntad y la gracia de Dios, dador de todo bien, entramos en la Santa y Gran Cuaresma, el período bendito de ayuno y arrepentimiento, de vigilancia espiritual y camino junto al Señor, quien avanza hacia Su pasión voluntaria, para que podamos llegar a la veneración de Su espléndida Resurrección y hacernos dignos de nuestra propia transición de las cosas terrenales a “lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón humano” (1 Cor. 2,9).

En la Iglesia primitiva, la Santa y Gran Cuaresma era un período de preparación para los catecúmenos, cuyo bautismo tenía lugar durante la Divina Liturgia de la Pascua. Esta conexión con el bautismo se mantiene en la comprensión y vivencia de la Gran Cuaresma como el período por excelencia del arrepentimiento, descrito como “una renovación del bautismo”, “un segundo bautismo”, “un pacto con Dios para una segunda vida”, es decir, una regeneración de los dones del bautismo y una promesa a Dios para iniciar una nueva forma de vida. Los oficios y los himnos de esta temporada asocian la lucha espiritual de los fieles con la expectativa de la Pascua del Señor, en la que el ayuno de cuarenta días irradia la fragancia de la alegría pascual.

La Santa y Gran Cuaresma es una oportunidad para tomar conciencia de la profundidad y la riqueza de nuestra fe como “un encuentro personal con Cristo”. Se enfatiza con razón que el cristianismo es “extremadamente personal”, sin que esto implique que sea “individualista”. Los fieles “se encuentran, reconocen y aman a un mismo Cristo”, quien “solo y únicamente Él reveló la verdadera y perfecta persona humana” (Nicéforo Cabásilas). Él llama a todos los seres humanos—y a cada uno en particular—a la salvación, de modo que la respuesta de cada uno esté “arraigada en la fe común” y al mismo tiempo sea “única”.

Recordamos las palabras de San Pablo: “Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gál. 2,20). En este caso, las palabras “en mí”, “me” y “por mí” no contradicen las palabras “en nosotros”, “nosotros” y “por nosotros” con referencia a nuestra “salvación común”. Siempre agradecido por los dones celestiales de su regeneración en Cristo, el Apóstol de la libertad “hace suyo lo que es compartido”, como si el Verbo preeterno de Dios se hubiera encarnado, sido crucificado y resucitado “por él personalmente”.

Nuestra experiencia de fe es “única” y “profundamente personal” como una libertad que Cristo nos ha dado, y al mismo tiempo es “esencialmente eclesial”, una experiencia “de libertad común”. Esta libertad más genuina en Cristo se expresa como amor y apoyo concreto al prójimo, como se describe en la Parábola del Buen Samaritano (Lc. 10,30-37) y en el pasaje sobre el Juicio Final (Mt. 25,31-46), pero también como respeto y preocupación por el mundo y un acercamiento eucarístico a la creación. La libertad en Cristo tiene una naturaleza personal y holística, que se revela especialmente durante la Santa y Gran Cuaresma en su comprensión del ascetismo y el ayuno. La libertad cristiana, como autenticidad existencial y plenitud, no implica un ascetismo sombrío, una vida sin gracia y alegría, “como si Cristo nunca hubiera venido”. Además, el ayuno no es solo “abstención de alimentos”, sino “renuncia al pecado”, lucha contra el egoísmo, una salida amorosa del yo hacia el hermano necesitado, “un corazón que arde por toda la creación”. La naturaleza holística de la espiritualidad se sostiene en la experiencia de la Gran Cuaresma como un camino hacia la Pascua y como un anticipo de “la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Rom. 8,21).

Oramos para que nuestro Salvador Jesucristo nos haga dignos a todos de recorrer el camino de la Santa y Gran Cuaresma con ascesis, arrepentimiento, perdón, oración y divina libertad. Y concluimos con las palabras de nuestro padre espiritual, el difunto Metropolitano Melitón de Calcedonia, pronunciadas durante la Divina Liturgia del Domingo de Carnaval en 1970 en la Catedral Metropolitana de Atenas: “Al entrar en la Santa Cuaresma, lo que nos espera al final es visión, milagro y la experiencia de la Resurrección, la experiencia suprema de la Iglesia Ortodoxa. Avancemos hacia esta visión y experiencia, pero no sin haber recibido y ofrecido el perdón, no con un ayuno meramente de carne y aceite, no con un sentido de hipocresía, sino con libertad divina, en espíritu y en verdad, en el espíritu de la verdad, en la verdad del espíritu.”

Santa y Gran Cuaresma 2025
✠BARTOLOMÉ de Constantinopla
Suplicante ferviente por todos ante Dios